

IX.

ELECCIONES GENERALES DE 1661.

A principios de 1661 se verificaron las elecciones generales. El pueblo estaba enajenado de entusiasmo por la realeza, y la capital, aun más que las provincias, con los preparativos de la coronación más espléndida que se hubiera visto nunca; siendo el resultado de todo esto que fuese á la Cámara una representación por extremo conservadora y realista. Y como gran número de los candidatos vencedores eran precisamente los hombres que combatieron otro tiempo en pro de la Corona y de la Iglesia, y cuyos ánimos exaltaron las infinitas violencias que les hicieron sufrir los Motilones, cuando se reunió la Asamblea, las pasiones que agitaban á cada diputado individualmente se aumentaron por efecto de la recíproca simpatía que no podían menos de inspirarse; siendo por tanto y durante algunos años la Cámara de los Comunes más celosa de los intereses de la monarquía y del episcopado que el Monarca y los Obispos; con lo cual Carlos y Clarendon quedaron casi aterrados de su propio triunfo, y se hallaron en situación bastante parecida á la de Luis XVIII y el Duque de Richelieu respecto de la Cámara de 1815. Pues, aun cuando el Rey hubiera deseado cumplir las promesas que hizo á los Presbiterianos, no habría podido hacerlo, y sólo abusando de su influencia logró impedir que los Caballeros vencedores revocaran la amnistía y se vengaran despiadadamente de cuantos males y daños habían sufrido.

X.

ACTITUD VIOLENTA DE LOS CABALLEROS EN EL NUEVO PARLAMENTO.

Comenzó la nueva Cámara de los Comunes por declarar que debería cada uno de sus individuos, bajo pena de ser expulsado de ella, recibir la comunión según las formas prescritas por la antigua liturgia, y que fuera quemado el *Covenant* en el patio del Palacio Legislativo por la mano del verdugo. Votaron luego una ley, en la cual no solamente reconocían que al Monarca no más correspondía el poder militar, sino que nunca, en ningún caso, por graves que fueran las circunstancias, serían éstas bastantes á justificar la resistencia armada de las Cámaras; y como si esto no fuese aún suficiente al fin que se proponían de poner al príncipe por sobre todo, votaron otra ley, en cuya virtud se mandaba jurar á los jueces y magistrados que tuvieran siempre por desafuero el contrariar de cualquier modo que fuese las órdenes de S. M.; habiendo llegado algunos intransigentes á pretender que se adoptase un *bill* que anulara de un solo golpe cuantas pragmáticas y estatutos procedían del Parlamento Largo, y restableciera la Cámara Estrellada y la Comisión Suprema. Empero con ser violenta la reacción, no se atrevió á tanto. Quedó vigente la ley que ordenaba congregarse cada tres años al Parlamento, si bien suprimiéndose las cláusulas restrictivas que ponían á cargo de los funcionarios electorales el preceder á la elección á su debido tiempo, aun

sin la Real cédula de convocatoria. Restablecióse á los Prelados en sus antiguos cargos senatoriales, y así mismo se restablecieron la Constitución eclesiástica y la liturgia, sin reformas que pudieran conciliar á los Presbiterianos más razonables, y se hizo indispensable por primera vez para ejercer las funciones eclesiásticas la ordenación episcopal, quedando excluidos de sus beneficios en un solo día más de dos mil ministros á quienes su conciencia no consintió conformarse con estos decretos. Entonces recordó el partido vencedor á los vencidos, que cuando estuvo en su apogeo el Parlamento Largo, destituyó mayor número aún de ministros realistas; pero si bien era fundado el reproche, al menos el Parlamento Largo concedió á los ministros destituidos por él indemnizaciones con que pudiesen vivir, en tanto que, ciegos de pasión los Caballeros, no tuvieron la justicia y la humanidad de seguir el ejemplo de sus enemigos.

XI.

PERSECUCIÓN DE LOS PURITANOS.

Luégo llegó su vez á los estatutos, en los cuales se fijaban ciertos castigos para los desconformes; mas si era fácil hallar precedentes análogos en la legislación puritana, el Rey no podía sancionarlos sin faltar á las solemnnes promesas que hizo en la crisis más grave de su vida á los hombres de quienes dependía entonces su porvenir. Llenos de terror y desesperación con esto, acudieron los Puritanos á los pies del Monarca y le recordaron sus recientes servicios y la palabra que

les dió él mismo repetidas veces; y como no podía negar su escritura ni su sello, y estaba convencido de cuánto era deudor á los peticionarios, y no tenía costumbre de resistir á las solicitudes importunas, ni tampoco había en él condiciones de perseguidor, quedó irresoluto y suspenso. Cierto es que aborrecía de corazón á los Puritanos; pero no lo es menos que su odio era tibio, sobre todo comparado con el que abrasó á Laud. Conviene advertir también que sentía cierta parcialidad por la religión católica, y que comprendía cuán difícil sería, si no imposible, conceder la libertad de su culto á los fieles á Roma, no haciendo lo propio con los disidentes protestantes. Intentó, pues, aunque sin gran esfuerzo, moderar el celo excesivo de la Cámara de los Comunes; mas como estaba influido el Parlamento de convicciones y de pasiones infinitamente más arraigadas y profundas que no las suyas, cedió al cabo, tras débil resistencia, y sancionó con aparente diligencia una serie de medidas odiosas contra los separatistas. A partir de aquel punto, se calificó de crimen el ir á las iglesias de los disidentes; un mero juez de paz podía declarar la culpabilidad sin el concurso del Jurado, y á la tercera reincidencia sentenciar al reo á siete años de deportación; adoptándose, por un refinamiento de crueldad, eficaces medidas para evitar que los sentenciados fuesen á Nueva Inglaterra, donde habrían hallado amigos y simpatías, y castigándolos además con pena de muerte si se restituían á la patria sin haber cumplido la condena: se impuso nueva y absurda fórmula de juramento á los ministros despojados de sus beneficios por ser disidentes, y á cuantos rehusaron prestarlo se les prohibió residir en aquellos lugares que tenían derecho á elegir diputados, ó en los cuales hubieran ejercido las funciones de su ministerio, y en

un radio de cinco millas de unos y otros; y por tal modo, como sobre ser estos estatutos rigurosos con exceso, los encargados de aplicarlos eran generalmente hombres que se inspiraban en el espíritu de partido y en la memoria de los males y persecuciones que sufrieron en tiempo de la república, presto se llenaron las cárceles de disidentes, figurando entre las víctimas algunos ciudadanos que, por su ingenio y virtudes, parecían formados para ser ornamento y orgullo de toda sociedad cristiana.

XII.

CELO DE LA IGLESIA POR LA MONARQUÍA HEREDITARIA.

No se mostró ingrata la Iglesia de Inglaterra con el Gobierno que la protegía; pues si desde la primera hora de su existencia fué parcial en favor del Trono, durante los veinticinco años que siguieron á la Restauración su celo por la realeza y el derecho hereditario no tuvo límites. Y como sufrió de los quebrantos de los Estuardos, y se vió restaurada con ellos, así también fueron sus intereses comunes, y sus simpatías y sus enojos, de tal suerte que se antojaba quimérica la posibilidad de que llegase la ocasión de romperse los lazos que la unían á los hijos de su augusto mártir, ni de que la fidelidad que mostraba con tanto entusiasmo dejara de ser obligación dulce y provechosa para ella; pues exaltó entonces con frases pomposas la regia prerrogativa que se había empleado en su engrandecimiento y defensa constantemente, y condenó de igual modo la perversidad de quienes siendo víctimas de la opresión que no sentía ella, re-

sistían, é hizo tema predilecto de sus predicaciones de la obediencia pasiva sin reservas de ningun género, llevándola hasta sus últimas consecuencias por tal modo, que en ningun caso, decía y repetía sin cesar, aun cuando estuviese condenada la nación á sufrir reyes semejantes á Busiris ó á Phalaris, que menospreciando las leyes y sin asomo de justicia enviasen al tormento ó á la muerte diariamente centenares de víctimas sin culpa, no tendrían excusa ni perdón todos los Estados del Reino juntos, para resistir con la fuerza su tiranía. Felizmente los intereses fundamentales de la naturaleza humana son siempre prenda segura de que semejantes teorías no pasarán nunca de ser otra cosa que teorías. En efecto, el día de la prueba llegó, y con él la ocasión de ver que los mismos que profesaron con tanta sinceridad la extravagante doctrina de la obediencia pasiva, se rebelaron en todos los condados de Inglaterra contra el Trono.

Como el Parlamento no confirmó las ventas de los bienes llamados nacionales, se reputaron nulas, y con esto la propiedad volvió á cambiar de manos en toda la extensión del Reino, y el Soberano, los Obispos, los deanes y Cabildos, la nobleza y la *gentry* realistas recuperaron sus confiscadas propiedades, y aun expulsaron de ellas á los compradores que las adquirieron de buena fe, quedando por tanto indemnizados, en parte solamente, los Caballeros, de las pérdidas que sufrieron bajo la dominación de sus enemigos, y sólo en parte, porque á consecuencia de la amnistía no podían reclamarse las rentas vencidas. En cambio, los realistas, que para satisfacer multas impuestas por el Parlamento, ó para comprar el favor de los Motilones influyentes vendieron haciendas en menos precio del que valían, quedaron obligados á soportar las consecuencias de sus propios actos.

XIII.

CAMBIO QUE SE VERIFICÓ EN LAS COSTUMBRES.

En tanto que se verificaban estos cambios, otro mucho más importante se realizaba en las costumbres y modo de ser de la sociedad. Porque las pasiones y los afectos que bajo el gobierno de los Puritanos fueron tan severamente reprimidos, y que si tuvieron alguna expansión y desahogo, fué á escondidas y de contrabando, se desencadenaron con incontrastable violencia no bien se quitó el freno que los sujetaba, entregándose los hombres á diversiones frívolas y placeres criminales con la fogosidad que produce naturalmente abstinencia prolongada y forzosa. Poca era, por otra parte, la reserva que imponía la opinión pública en este caso, pues hastiado el pueblo inglés de la hipocresía, receloso de las apariencias de santidad, y abrumado aún del yugo que le pusieron gobernantes austeros y devotos, se dejó llevar con verdadera complacencia de los vicios. Y como el Gobierno se mostraba menos severo aún, y no había exceso que no alentara la disipación de que hacían alarde S. M. y sus favoritos, era el desorden de buen gusto, y tan general, que ni aquellos consejeros de Carlos I, no nada jóvenes á la sazón, y que conservaban la decorosa y circumspecta gravedad usual en Whitehall treinta años antes, tales como el mismo Clarendon y sus amigos Tomás Wriothsley, conde de Southampton, lord de la Tesorería, y Jacobo Butler, duque de Ormond, que después de haber combatido

bizarramente y á través de grandes vicisitudes en Irlanda por la causa del Rey, era su gobernador á la sazón, lograron á pesar de sus canas y merecimientos verse libres de los sarcasmos que inspiraban sus virtudes, por haber llegado la corrupción á tal extremo, que ya no era posible adquirir ni conservar fama de hombre discreto, cortés y de talento, sino escarneciendo y hollando las conveniencias y respetos sociales. No contribuyeron poco á extender el contagio del mal grandes ingenios de órdenes diversos. La filosofía moral, por ejemplo, había revestido los últimos tiempos una forma ocasionada y propia para hacerse simpática y agradable á una generación igualmente fiel á la monarquía y al vicio; como que Tomás Hobbes, en el estilo más luminoso y exacto que haya empleado nunca ningún metafísico, sostenía que la voluntad del Monarca era el criterio del bien y del mal, y que todo súbdito debía estar siempre dispuesto á ser por su mandato católico, mahometano ó pagano; aconteciendo por ende que millares de individuos incapaces de apreciar lo que hubiera de realmente bueno y verdadero en las especulaciones de Hobbes saludaran con entusiasmo una teoría que, al exaltar las prerrogativas de la Corona, relajaba los vínculos de la moral y reducía la religión al rango de mero negocio político. Dicho se está que hacer profesión de hobbismo fué una de las condiciones más esenciales del cumplido caballero. Todos los géneros de literatura ligera se contaminaron de la licencia que predominaba, y así se tornó la poesía en mensajera de concupiscencias, como la sátira en sangrienta enemiga de la inocencia y la verdad en vez de hacer blanco de sus dardos al crimen y la mentira. Cierto es que luchó la Iglesia restaurada contra la inmoralidad dominante á la sazón; pero débil y flojamente, pues si por respeto á sí

misma dió ciertos advertimientos á sus fieles empeñados en el camino de la perdición, lo hizo con descuido, por tener puestos los ojos en otra parte, y empleadas las fuerzas de su alma en perseguir y acabar á los Puritanos, y enseñar á sus discípulos que debían dar al César lo que era del César. Háblala despojada y oprimido la colectividad que predicaba moralidad austera, y restaurádola, por el contrario, en su opulencia y honores los libertinos, y aun cuando se mostrasen poco dispuestos los hombres que perseguían incansables la moda y los placeres á regular su vida conforme á los preceptos de la Iglesia, estaban siempre prontos á combatir y á derramar su sangre en defensa de las catedrales, de los cabildos, de cada línea de su breviario y de cada hilo de sus vestiduras; y si el caballero licencioso tenía su natural asiento en las casas públicas y de juego, huía en cambio de los conventículos puritanos; y si no podía decir una palabra sin blasfemar ó proferir obscenidades, en cambio se imponía una manera de penitencia, persiguiendo y encarcelando por sus predicaciones y rezos á Howe y á Baxter. De aquí que durante cierto tiempo, en fuerza de luchar contra el cisma, no le quedara ocasión para combatir el vicio, y que sancionados especialmente por el jefe de la Iglesia, se recitaran en público por mujeres y se oyeran por mujeres los licenciosos escritos de Etherege y de Wycherley, en tanto que el autor del *Pilgrim's progress* gemía en un calabozo y expiaba en él la culpa de haber predicado el Evangelio á los pobres. Conviene consignar, y es hecho innegable y de mucha doctrina, que los años durante los cuales estuvo el poder político de la Iglesia anglicana en su apogeo, fueron precisamente aquellos en que descendió más el nivel de las virtudes nacionales.

XIV.

CORRUPCIÓN DE LOS HOMBRES DE ESTADO EN AQUEL TIEMPO

Tanto fué así y tanto cundió el mal, que no quedó rango ni profesión libre de contagio; siendo tal vez los hombres que se ocupaban en la política la clase más corrompida de aquella corrompida sociedad, pues no solamente se hallaban expuestos á las influencias perniciosas que alteraban á la nación en masa, sino á una infestación más excepcional y maligna. Porque como se formó su carácter en medio de revoluciones y de contrarrevoluciones frecuentes y rudas, y vieron en el trascurso de algunos años mudarse varias veces el sistema eclesiástico y civil del país, y á la Iglesia episcopal perseguir á los Puritanos, y á la Iglesia puritana perseguir á los Episcopales, y á la Iglesia episcopal perseguir de nuevo á los Puritanos y abolir la monarquía hereditaria y restablecerla; y al Parlamento Largo tres veces en la cumbre del poder y otras tres disuelto en medio de las burlas y de las maldiciones de la muchedumbre; y á una nueva dinastía elevarse rápidamente á la mayor grandeza y á la gloria, y despeñarse de improviso y caer sin resistencia del alto asiento en que se había colocado; é inventar, ensayar y abandonar un nuevo sistema representativo; y crear y disolver una nueva Cámara de Lores, y pasar violentamente grandes y productivas propiedades de manos de los Caballeros á manos de los Motilones, y volver de los Motilones á los Caballeros; como fueron testigos de tantos

sucesos tan contrarios unos á otros, los hombres políticos que deseaban prosperar y vivir en constante actividad, se hallaban dispuestos siempre á seguir en sus movimientos la rueda de la fortuna: que sólo permaneciendo alejados del torbellino de las pasiones era posible á la sazón, así á los realistas como á los republicanos, conservar la integridad de su carácter. Mas, quien aspira en tiempos de perturbación á elevarse á las grandezas políticas debe renunciar á la consecuencia, y en vez de permanecer invariable cuando todo muda y cambia incesantemente, vigilar atento é interrogar afanoso el horizonte para descubrir los indicios de las reacciones y prepararse á convertir las en su medro, aprovechando el momento preciso de abandonar la causa que vacila y de trocarla por la vencedora; y cuando ha seguido hasta en sus actos más extremos á una facción triunfante, debe también alejarse de ella repentinamente luego que las dificultades comienzan, atacarla, perseguirla y comenzar con nuevos aliados nueva carrera de aventuras, de poder y de prosperidad. Y como su situación desarrolla en él naturalmente y en alto grado cierta clase de aptitudes y de vicios, se torna observador sagaz y hombre de recursos, se apodera sin esfuerzo del espíritu que informa la conducta y los actos de la secta ó del partido adonde lo lleva la casualidad, y discierne los signos del tiempo con una sagacidad que parece maravillosa y que tiene mucha semejanza con la que muestra en el proceso de los más leves indicios del crimen el agente de policía envejecido en su oficio, ó el guerrero mohicano siguiendo una pista por los bosques; pero rara vez se hallará en el político educado de la manera y en el teatro dichos la constancia, la honradez ó cualquiera otra de las virtudes que pertenecen á la noble familia

de la verdad, pues no tiene fe ni celo en doctrina ni por causa alguna. Ni tampoco puede ser de otro modo, porque ha visto derrumbarse tantas tradiciones, que ya no le inspiran respeto, y desacreditarse tantas instituciones nuevas en las cuales se cifraron las más lisonjeras esperanzas, que nada espera ya del progreso, y así se burla igualmente de quien se preocupa de conservar, como de quien se afana por las reformas, no existiendo cosa en el organismo del Estado que no pueda defender ó destruir sin escrúpulo ni vergüenza. La fidelidad á los principios ó á los amigos se le antoja falta de criterio y de sentido práctico, y considera la política, no á modo de ciencia que tenga por objeto el bien del género humano, sino de juego de azar muy atractivo, en el cual, teniendo suerte y pericia, puede ganarse riqueza y honores, y hasta coronas; y careciendo de ella, basta un revés para perderlo todo, hasta la vida; que si la ambición en épocas sanas y en hombres honrados es casi una virtud, cuando se la separa de lo que es elevado y filantrópico, se transforma en concupiscencia del egoísmo, casi tan innoble y bajo como la codicia. Así fueron los hombres políticos que desde la Restauración hasta el advenimiento de la casa de Hannover se hallaron al frente de los grandes partidos en Inglaterra, con muy contadas excepciones, siendo escaso el número de aquellos cuya fama no esté manchada de vicios, que llamaríamos en nuestros días de perfidia y de corrupción, y pudiendo decirse, además, que si los hombres públicos más desprovistos de principios de cuantos han participado en los asuntos de la época presente fueran á juzgarse con arreglo al criterio de la moral que prevalecía durante la última parte del siglo XVII, merecerían ser calificados de probos y escrupulosos.

XV.

ESTADO DE ESCOCIA.

En tanto que se verificaban en Inglaterra estos cambios políticos, religiosos y sociales, la realeza restablecía y asentaba su autoridad sin esfuerzo en las otras dos partes de las Islas Británicas. La Restauración de los Estuardos había sido aclamada en Escocia con entusiasmo, por considerarla en aquella parte como restauración de la independencia nacional; mas, aun cuando, al menos aparentemente, quedó libre del yugo que Cromwell la impuso, y los Estados del Reino se reunieron de nuevo en su antigua Sala de Sesiones de Edimburgo, y los senadores del Colegio de Justicia aplicaron de nuevo la ley escocesa conforme á las prácticas tradicionales del Reino, la independencia del país antes fué nominal que verdadera, pues en tanto que tuviese el Monarca por suya la Inglaterra, ningún temor podía imponerle el desafecto de las demás provincias. Más aún: Carlos se hallaba entonces en situación favorable para renovar la empresa cuyo intento fué tan funesto á su padre, sin temer las consecuencias aciagas que tuvo para él. Porque, como Carlos I intentó imponer, en virtud de su poder real, su religión á los Escoceses, en el momento mismo en que su religión y su poder real eran igualmente impopulares en Inglaterra, no sólo fracasó, sino que produjo turbulencias que le costaron en último resultado la corona y la vida; pero á la sazón no sucedía lo mismo, pues se hallaba la

Inglaterra llena de celo por la monarquía y el episcopado, y de consiguiente la tentativa que bajo el reinado precedente fué la mayor imprudencia de todas, podía, sin riesgo para el Trono, acometerse de nuevo. De aquí que determinara el Gobierno establecer una Iglesia episcopal en Escocia; proyecto que desaprobaron los naturales del país, cuyo criterio merecía ser tenido en mucha cuenta. Pues, como algunos hombres de Estado escoceses, celosos por la regia prerrogativa, hubieran sido educados en la religión presbiteriana, y aunque poco escrupulosos conservarían no obstante cierta preferencia por el culto de sus primeros años y supieran cuán grande influjo ejercía éste sobre sus compatriotas, abogaron calurosamente á su favor; mas, cuando vieron que sus advertimientos se desoían, les faltó el ánimo para persistir en una manera de oposición que habría ofendido acaso á su señor natural, descendiendo cierto número de ellos á la inmoral bajeza de consentir que fuese perseguida una Iglesia que consideraban en el fondo de su conciencia como la más pura manifestación del cristianismo. Bien será decir que el Parlamento escocés se hallaba constituido de tal modo, que no podía nunca oponer obstáculo formal á reyes mucho más débiles que Carlos. Con esto quedó establecido el episcopado por la ley en Escocia, dejándose gran latitud al clero en cuanto á la forma del culto; de donde se siguió que mientras en algunas iglesias se empleaba la liturgia anglicana, en otras escogían los ministros en esta liturgia los rezos y las acciones de gracias que fueran menos desagradables al pueblo; cantándose generalmente al fin del oficio el himno de alabanzas, y recitándose al administrar el bautismo el símbolo de los apóstoles. Pero, aun cuando la inmensa mayoría de los Escoceses odiaba la nueva Iglesia como su-

perniciosa é importada del extranjero, resto de las corrupciones de Roma y signo característico de la dominación inglesa, no se sublevaron; que ya no era el país lo que fué veintidos años antes, pues una guerra desastrosa y la sujeción extranjera lo habían domado; y como además su aristocracia, tan respetada de la clase media y del pueblo, y que se puso á la cabeza del movimiento contra Carlos I, se mostraba entonces obsequiosa con el hijo, y tampoco podía esperar socorro de los Puritanos ingleses, reducidos á ser un partido débil, proscripto por la opinión pública y por la ley, la nación escocesa se sometió mal de su grado y asistió no sin remordimientos de conciencia á los oficios del clero episcopal ó de los ministros presbiterianos, que consintieron en aceptar del Gobierno una semitolerancia conocida bajo el nombre de *indulgencia*. Pero había, y más especialmente en las tierras bajas del Oeste, muchos hombres resueltos y esforzados para los cuales la obligación de observar el *Covenant* era mayor que la de obedecer al magistrado; y como reputaban la indulgencia no por reparación parcial de las injusticias hechas á la Iglesia por el magistrado civil, sino por nueva injusticia tanto más odiosa cuanto más se disfrazaba con las apariencias del bien, y la persecución, decían, sólo podía matar el cuerpo, en tanto que la diabólica indulgencia mataba el alma, persistían, á despecho de la ley, en congregarse para, según su culto, adorar á Dios; y cuando los expulsaban de las villas y lugares se reunían en la espesura de los bosques y en las breñas; y cuando allí los atacaba el poder civil, rechazaban sin escrúpulos la fuerza con la fuerza. Iban á sus conventículos armados; más de una vez se declararon en abierta rebelión; y aunque sus contrarios los vencían fácilmente y los castigaban sin piedad, ni la derrota

ni el castigo podían domar su valor. Perseguidos como las fieras, torturados hasta el punto de quebrantarles los huesos, encarcelados á centenares, ahorcados á docenas, expuestos hoy á la crueldad de los soldados ingleses, abandonados mañana á merced de los salteadores de las tierras altas (*Highlanders*), y reducidos á la mayor extremidad, aun era su cólera tan terrible que hasta los tiranos más atrevidos y poderosos debían con razón temer su estrago.

XVI.

ESTADO DE IRLANDA.

Tal fué bajo Carlos II el estado del pueblo escocé. No menos agitada estuvo Irlanda, pues allí existían diferencias y odios en comparación de los cuales las animosidades más enconadas de los políticos ingleses eran cosa de poco momento; que la enemiga que separaba los Caballeros irlandeses de los Millones del mismo Reino desaparecía en la enemiga más violenta é invencible que dividía la raza inglesa de la céltica, y la línea divisoria que separaba los Presbiterianos de los Episcopales parecía como si no existiera, comparada con el ancho y profundo abismo que había entre unos y otros y los católicos.

Durante las últimas turbulencias civiles, la mayor parte del suelo irlandés pasó de los vencidos á los vencedores; y como eran muy escasos los antiguos ó los nuevos ocupantes que pretendieran favores de la Corona, y expoliados y expoliadores fueron igualmente

rebeldes, presto se halló el Gobierno perplejo y molesto con la muchedumbre de reclamaciones contradictorias y de mutuas acusaciones de los dos bandos opuestos. Pues en tanto que los colonos entre quienes Cromwell repartió el territorio conquistado, y cuyos descendientes se llaman todavía Cromwellianos en memoria del suceso, decían que los aborígenes eran enemigos inveterados de la nación inglesa, cualquiera que fuese la dinastía reinante, y del protestantismo en todas sus manifestaciones, y exageraban las atrocidades que deshonraron la insurrección del Ulster, para concluir pidiendo al Rey que continuara la política del Protector, insinuando sin empacho que no habría paz en Irlanda mientras no fuera extirpada del suelo la raza irlandesa; los católicos romanos hacían por su parte cuanto podían por atenuar sus faltas y ponderar con palabras lastimeras la severidad del duro castigo que recibieron, para suplicar á Carlos que no confundiera el inocente con el culpado, recordándole que muchos de éstos lograron redimir sus culpas volviendo á la obediencia que debían al Rey y defendiendo sus derechos contra los verdugos de su padre; hasta que cansado el Rey de las importunidades de ambos partidos, á quienes desamaba igualmente, se libró de tantos enojos por medio de un convenio. En su virtud quedó abandonado el sistema cruel, pero completo y enérgico, merced al cual quiso el Protector hacer la Irlanda inglesa de todo en todo, y se vieron reducidos los Cromwellianos á ceder la tercera parte de sus adquisiciones, que fueron luego repartidas entre aquellos reclamantes á quienes plugo al Gobierno mejorar. Mas, como gran número de los que protestaban de su inocencia, y algunos de los que se preciaban de haber mostrado siempre al Rey notoria fidelidad, no merecieron restituciones ni compen-

saciones, se partieron para Francia y España y poblaron sus cortes con sus clamores contra la injusticia y la ingratitud de los Estuardos.

XVII.

SE HACE IMPOPULAR EL GOBIERNO EN INGLATERRA.

Entretanto había ido perdiendo popularidad el Gobierno hasta en Inglaterra, pues los realistas comenzaron á disgustarse con el Monarca y á disputar unos con otros; y el partido que vencieron y hollaron y que pareció quedar aniquilado, pero que aun conservaba elementos llenos de vida, erguía de nuevo la cabeza y comenzaba la lucha interminable.

Bien será decir que, aun cuando no hubiera cometido faltas la reciente administración, no habría sido duradero el entusiasmo con que aclamaron las muchedumbres la vuelta del Rey y el término de la tiranía militar, por ser ley de la naturaleza humana que á tales accesos de fiebre siempre siga el abatimiento; pero la manera como abusó la corte del triunfo, hizo la reacción más rápida y completa, no quedando persona sensata y discreta en todo el Reino á quien no pareciera mal la insolencia, la perfidia y la crueldad con que trataban los vencedores realistas á los vencidos disidentes, aun después de que la eficacia de las leyes penales purgó la secta de los hipócritas, cuyos vicios la desacreditaron, dejando sólo en ella los hombres honrados y piadosos. Pues si el Puritano conquistador, soberano, perseguidor y confiscador de bienes, fué aborrecido; el Puritano vendido alevosa-